

Manuel de Terán (1904-1984)

por J. VILÀ VALENTÍ

Para nosotros, geógrafos, de Manuel de Terán nos queda, sobre todo, la certeza del relevante papel desempeñado en la fundamentación y desarrollo de la actual Geografía española.

Historia curiosa la de nuestra disciplina en España, que no ha sido mostrada ni interpretada todavía, me parece, de una manera completa y satisfactoria. Es común referirse, en nuestro país, a numerosas ciencias, naturales y humanas, presentándolas con un notable despliegue en los tres o cuatro primeros decenios de nuestro siglo y una fuerte crisis posterior, como resultado de la Guerra Civil (1936-39) y sus secuelas y del marcado aislamiento de la quinta década. En aquellos momentos, a las difíciles condiciones del contexto nacional e internacional, se unían las rupturas humanas provocadas por quienes el conflicto bélico había hecho desaparecer y por quienes se vieron obligados a un doloroso exilio.

Se comprende, por todo ello, que una marcada discontinuidad, entre la situación anterior a la Guerra Civil y la posterior, suele ser una característica bien clara de las ciencias y disciplinas en nuestro país. Hecho que parece válido para un buen número de ellas. Pero no ciertamente para la Geografía.

En primer lugar, el cultivo de nuestra materia era escaso en los decenios anteriores a la Guerra Civil. Algunos naturalistas, especialmente geólogos, aparecían interesados por la Geografía (E. Hernández Pacheco, J. Dantín Cereceda, E. Huguet del Villar, entre otros). Cabe considerar otra línea de interés geográfico, que vendría representada por algunos pedagogos, entre los que descollaban Ricardo Beltrán y Rózpide y Pedro Chico. En Barcelona se muestran también bien definidas ambas tendencias, con la destacada figura del pedagogo Pau Vila.¹ En Madrid continuaban, por otra parte, después de haber cumplido medio siglo de existencia en el tercer decenio, las tareas de la «Real Sociedad Geográfica». El déficit más grave aparecía, en el conjunto de España, en la Universidad, en las Facultades de Filosofía y Letras, en las que el cultivo de nuestra disciplina prácticamente no existía, salvo uno o dos casos completamente excepcionales.

En estas condiciones, difícilmente puede hablarse de ruptura o discontinuidad en Geografía, que en realidad carecía de un desarrollo mínimamente válido. Las publicaciones reflejaban también, como es lógico, esta situación. El «Boletín» cumplía

1. Véase, acerca de su «conversión» a la Geografía y del contexto cultural y científico de su época: J. VILÀ VALENTÍ, *El camí de Pau Vila cap a la Geografia*, «Revista de Geografia», Universidad de Barcelona, vol. XV (1981), pp. 5-23.

simplemente con los objetivos inmediatos de la Sociedad Geográfica y sólo algunas publicaciones pedagógicas resultaban, de vez en cuando, estimulantes y orientadoras. Los análisis locales, bajo la influencia francesa, empezaban a desembocar en estudios comarcales. Pero faltaban casi por completo unas líneas claras de investigación.

El contraste con lo que, al parecer, ocurre en otras ciencias es aún mayor, porque los dos o tres lustros que siguen a nuestro conflicto bélico no representan, en el caso de nuestra disciplina, una época de crisis, de fuerte depresión. En segundo lugar, pues, señalemos el curioso hecho de que la Geografía va a empezar a ser cultivada con seriedad en la Universidad española en estos lustros, digamos entre 1945 y 1954; aunque esto sea cierto sólo en algunos casos, muy pocos, no dejan de ser significativos, cara al futuro. Aparece un centro geográfico en el C.S. de Investigaciones Científicas —el Instituto de Geografía «J.S. Elcano», en 1940—, posteriormente con secciones en Barcelona y Zaragoza. Dos grupos destacados de geógrafos aparecerán en las universidades de Madrid y Zaragoza, mientras paralelamente se inician dos publicaciones periódicas, al comienzo y final de esta época precisamente: «Estudios Geográficos», en 1940, y «Geographica», en 1954.

Un reducido número de geógrafos es el promotor de todo este movimiento que simplemente apuntamos. Entre ellos, claro está, Manuel de Terán. Junto con él, en Madrid, conviene señalar a Amando Melón.² Con otros dos nombres, creo que aparecen citados todos quienes fueron decisivos, en el sentido que estamos señalando: Lluís Solé Sabarís, en Barcelona, y José M. Casas Torres, en Zaragoza.

Ya en el sexto decenio, la figura de Manuel de Terán adquiere singular relieve dentro de este grupo de geógrafos que van a afianzar nuestra disciplina en la investigación y en la docencia universitaria. En aquellos momentos, él era secretario del Instituto «J.S. Elcano» y alma de la revista «Estudios Geográficos»; en 1951 será nombrado catedrático de Geografía en la Universidad de Madrid, donde hacía años impartía ya con regularidad sus enseñanzas. Posteriormente, varios discípulos suyos ocuparán cátedras en distintas universidades españolas; citamos sólo, para reducirnos a los primeros años, los casos de A. López Gómez (1955, Valencia), J. García Fernández (1958, Valladolid) y Ángel Cabo (1961, Granada; más tarde, Salamanca).

* * *

Forzosamente, esta nota, que en modo alguno pretende una exposición de la rica obra de Manuel de Terán, ni tan sólo una valoración global, ha de adquirir un cierto tinte subjetivo y personal. Pretendo tan sólo señalar algunos vínculos que le unieron con el reducido y heterogéneo grupo, por aquel entonces, de geógrafos catalanes.

Le conocí en el curso de «Geografía general y del Pirineo» que se realizó en Jaca en agosto de 1946, siendo yo todavía estudiante. Varias veces he hablado y escrito de este curso y de la significación que tuvo en esta etapa de organización de la Geografía española.³ De Barcelona participaron, como profesores, Ll. Solé Sabarís, Salvador Llobet y el geólogo Noel Llopis, aparte de Pierre Deffontaines, director del Instituto Francés en nuestra ciudad; como estudiantes, Montserrat Rubió y yo mismo.

2. Le recordamos, en una breve nota publicada en esta misma «Revista de Geografía», Universidad de Barcelona, vol. X (1976), 124-5.

3. *El curso de Geografía general y del Pirineo* (Jaca, 1946), «Geographica», XXI-XXII, 1979-80, Madrid, Instituto de Geografía Aplicada, pp. 281-287. Volumen dedicado a Lluís Solé Sabarís.

La impresión que Terán producía —se dice que las primeras impresiones son las más válidas— era la de un hombre de una gran cultura, especialmente histórica, también literaria y, claro está, geográfica. Buceaba en ella y escogía la idea, el hecho, la frase más adecuados. Buscaba también la palabra más exacta, la más justa y más bella, dentro de su espléndido castellano, sencillo y elegante a la vez. En varios aspectos, alcanzada ya su madurez cultural, intelectual y expresiva, recordaba a otro profesor también allí presente, el portugués Orlando Ribeiro. De los dos, embebidos de humanismo, aprendí a tener un cierto recelo ante algunos tratamientos y métodos que, aparentemente, actuaban con gran rigor, pero que simplificaban la reflexión y en buena parte la invalidaban, falta y agotada de matices y calidades humanas.

Frecuentemente, en clase o en la conversación, parecía dudar unos instantes, en aras de la búsqueda de una idea quizás esquivada, o de una palabra, algo más justa. La frase acababa como un susurro, cargado de sugerencias. Con su talante liberal, siempre dejaba un camino, unos caminos abiertos para ser seguidos por quienes le escuchaban. Esta fecundidad debe ser, supongo, un don de los verdaderos maestros.

Acogía con afecto y con respeto profundo, aunque era austero en sus manifestaciones externas. Tenía un exquisito concepto de las relaciones con los colegas, con los estudiantes, con los amigos, reflejando un ejemplar espíritu cívico y un profundo sentido de la justicia. De ahí, junto con la claridad conceptual y la belleza formal de sus clases y escritos, el enorme eco que conseguía. Bosque ha hablado de «la comprensión hacia todo y hacia todos»⁴; Solé Sabarís ha señalado cómo los diálogos con él «constituían un estímulo para la depuración de nuestra conciencia profesional y aun política, y para la formación de nuestro humanismo»⁵ y Casas Torres ha subrayado que «sus alumnos se encuentran por todas partes: en las más lejanas embajadas españolas, en institutos y universidades».⁶

Me sorprendió que dedicase parte importante de sus explicaciones a precisar conceptos y gradaciones. Quiero decir que unía a su exactitud y belleza formal un afán de precisión conceptual. El recelo que antes he señalado, supongo que nacería del propósito de que la reflexión no se agotase en estas precisiones y medidas. Pero éstas no faltaban, como digo, y eran aportadas y analizadas con rigor. Dos de estos temas fueron publicados posteriormente y el lector podrá juzgar, con su consulta, el valor conceptual y metodológico que encierran. Recuerdo todavía, casi cuarenta años después, el interés de la exposición y el debate acerca de varias representaciones gráficas de la población.⁷ Respecto al problema de las formas de poblamiento rural y de la medida de la gama de gradaciones entre los extremos de concentración-dispersión, adujo y discutió cuidadosamente más de una docena de fórmulas y métodos.⁸

4. J. BOSQUE MAUREL, *Aproximación a la obra científica de Manuel de Terán*, in M. de Terán, *Pensamiento geográfico y espacio regional en España. Varia geográfica*, Madrid, Universidad Complutense, 1982, p. 10.

5. LI. SOLÉ SABARÍS, *Evocación de Manuel de Terán, geógrafo, humanista y mentor*, «Documents d'anàlisi geogràfica», departament de Geografia, Universitat Autònoma de Barcelona, n.º 3, 1984 (en curso de publicación).

6. J.M. CASAS TORRES, *Homenaje a Manuel de Terán*, «Geographica», XVI, 1974, Madrid, Instituto de Geografía Aplicada, p. 4.

7. MANUEL DE TERÁN, *La representación cartográfica de la densidad de población*, Zaragoza, Instituto de Estudios Pirenaicos, 1951.

8. MANUEL DE TERÁN, *Problemas de método y representación cartográfica*, Zaragoza, Instituto de Estudios Pirenaicos, 1951.

Las relaciones entre Manuel de Terán y el grupo de geógrafos catalanes se mantenían, desde mediados del quinto decenio, a través de otra figura señera, la de Lluís Solé Sabarís. Les unía, sin duda, su marcado talante liberal, su clara vocación pedagógica, su interés por la precisión conceptual y formal, su común amor por los hechos geográficos. Coincidían también en ciertas actitudes vitales y sociales, en su trabajo continuo y denso, en su liberal civismo, en su digna sencillez. Sus nombres aparecieron unidos en actividades que ambos concibieron y llevaron adelante, como la *Geografía de España y Portugal* (Barcelona, Montaner y Simón, 5 vols. 1952-1967) y la *Geografía de España* (Barcelona, Ariel, 2 vols., 1968-78). Diferían, claro está, en otros aspectos, que no siempre casaban. Por todo ello, era una pura delicia tener ocasión de oírles en una conversación o un debate, siempre conducidos con exquisito respeto y aprecio mutuo; diálogo ejemplar, sin duda, en la forma y en el fondo.

Desde Madrid, Manuel de Terán nos estimuló siempre a un trabajo honesto y bien hecho. Recordaba con profundo afecto a colegas y discípulos, propios y extraños, algunos alejados ya en el tiempo, otros recién incorporados a las tareas de la docencia o investigación geográficas. Cuando acudía a saludarle, haría diez, quince o veinte años, inquiría uno a uno, por los amigos de Barcelona: Solé Sabarís, por descontento; Salvador Llobet, María de Bolòs, Horacio Capel. Me unía también, por vínculos personales y geográficos que yo jamás he desmentido, con las Baleares: recuerdo el afecto con que me hablaba del ibicenco Manuel Sorá, catedrático que fue en el Instituto de Ibiza, o del mallorquín Bartomeu Barceló, antaño estudiante y colaborador suyo, en Madrid, más tarde formador e impulsor del grupo de geógrafos universitarios en su propia ciudad.

Por ello no puede extrañar que, cuando en 1967 iniciamos la «Revista de Geografía», citásemos a Manuel de Terán explícitamente como uno de los profesores y geógrafos que nos alentaron en este sentido. Sólo quedaba el ruego, quedo y suave, como él hablaba, que no olvidásemos sus «Estudios Geográficos». Lo cumplimos cuando, unos pocos años después —y especialmente gracias al valioso esfuerzo de Horacio Capel— un número de dicha publicación (118, vol. XXXI, febrero 1970) fue preparado exclusivamente por los geógrafos de Barcelona.

Cuando en julio de 1968 pudimos iniciar en nuestra Universidad la presentación de tesis doctorales, solicitamos la presencia de Manuel de Terán para la lectura de la primera. Tuvimos el honor de que él formase parte de este tribunal. El doctorando era Bartomeu Barceló. Los pocos asistentes —por aquellos años el grupo de geógrafos universitarios de Barcelona simplemente se iniciaba— recordarán la acertada intervención de Manuel de Terán, como siempre, además bellamente dicha.

Se trataba de una tesis que estudiaba unos problemas poblacionales. Manuel de Terán, ya en su madurez, hubiera podido disertar, con la misma brillantez y con igual conocimiento de causa, de Geografía agraria o de Geografía urbana, de Geografía regional o de pensamiento geográfico. Acerca de todo ello había hablado y había escrito, en abundancia y con variedad, siempre acertadamente. Por aquel entonces, al parecer, eran cuestiones de Geografía urbana las que le ocupaban con preferencia. Pero en cualquier tema que él trató, mostró su amplia y variada información y la hondura de su pensamiento.

Hoy, cuando ya no está entre nosotros, los compañeros todos de la sección de Geografía de nuestra Universidad le recordamos, con afecto y admiración, a través de su personalidad y de su obra. Desde Barcelona, quienes no pudimos tratarle asiduamente, evocamos su calidad humana y profesional y nos refugiamos en la lectura, una vez más, de sus modélicas publicaciones, siempre orientadoras y fecundas.